

# **HISTORIAS DE GENTE DE A PIE**

**JUAN RAFAEL MENA**

***HISTORIAS DE GENTE DE A PIE***



1ª edición, 2016

Cubierta: Francisco M. Mesa García

**Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

*www.edalya.com*

© del texto, Juan Rafael Mena

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-945600-2-6

DL CA 461-2016

Impreso y encuadernado en CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

## ÍNDICE

Historia de nadie .....	9
Yunque de sinsabores .....	19
El niño de oro .....	27
Bastión de resistencia .....	33
Heroína de barrio .....	41
Doña Florita la soltera .....	53
La providencia de don Teófilo .....	61
Yo y el otro .....	71
El perseguidor .....	77
La crisis .....	81
Pobruno o el dinero de nunca acabar .....	89
Purri Botera o el azar sonriente .....	99
Alicia y el extraño solitario del bloque .....	105
La vida doble de Liberada, mártir y... ..	111

El inefable encanto de las marchas .....	123
Túmulo de cieno .....	131
El besapié .....	137
El niño y la ola o parábola de la inocencia perdida .....	149
El tren que pasa siempre de largo .....	157
Solterón en apuros .....	171
Pequeño anfitrión del mar .....	179
Igualdad, nunca .....	185
Maruja, diamante en bruto .....	197
Aparecido y desapercibido .....	209
El desaparecido .....	217
El náufrago .....	223
Jubilación infinita .....	233

## HISTORIA DE NADIE

Con orgullo exhibía el canasto de cangrejos y la luz fluorescente del bar arrancaba destellos de las gotas de agua que aún humedecían la trama de cañas, en un revoltijo inconcreto de caparzones y apéndices de crustáceos. El canasto era como un increíble diamante rayado con móviles estrías. Pesaba en el recinto el olor a salitre, rabioso y avasallador, de modo que se imponía sobre los demás olores: el que emanaba de las gambas ya cocidas, el humo penetrante del tabaco, el vaho evanescente del sudor, el poso de la tinaja de aceitunas... El espontáneo juego de los reflejos que se trenzaban en el húmedo canasto se hacía más vertiginoso y cambiante cuando el mariscador, con brusquedad en la ostentación, movía más y más el atestado canasto y escarbaba en el fondo removiendo el montón de cangrejos y bocas, que crujían en un hervor marino como si un resto de mar aprisionado en la imaginaria compuerta del canasto pugnara por hacerse presente, por hacerse real entre los que estaban allí.

—Oye, Pepe, ¿y todo esto lo has cogido tú solito?

Y Pepe sonreía, con la colilla en el rictus de la boca, que dejaba asomar más de una melladura en el contorno amarillento de los dientes:

—Yo solito. ¿Es que no sabéis que me traigo el mar en mis canastos? —decía jactancioso mientras sonreía con un convicto asentimiento de cabeza, sempiterna sonrisilla en la fruncida boca, mientras que por su mente pasaban como sucios y pequeños oleajes de caño las compuertas con sus dos piedras laterales y los tablones antiguos que han soportado dentelladas de agua con la subida de las mareas, tanto regocijo con avalanchas de peces, compuertas, sí, que a la orden de una mano ruda se levantan, y las brechas y los salmonetes entran en tromba como los niños a la salida del colegio.

—Oye, Pepe, ¿cómo pudiste coger éste o ése otro...?

—¡Imagínate!... —era su respuesta, sugeridora de una gran pericia en el oficio.

Al atardecer, cuando Pepe volvía a sus territorios marinos de bajura, se felicitaba si veía la marea a un palmo del fondo, porque así tenía más fácil acceso a los fangos hospederos de las biñocas y las gusanas, necesarias para la pesca de los aficionados, que él vendía la mañana de los sábados y domingos en la puerta del bar de costumbre. Las compuertas se alzan en la distancia como dos campanarios grotescos por la rusticidad de sus maderas. Dos cadalsos esas compuertas te han parecido siempre, como de esos de las películas, para guillotinar a la luna que llega a la calvicie del montículo como conducida por

nubecillas de lana escardada, o cuando tiene escarlata cerquillo de monje y es entonces ojo de cíclope amenazando lluvia inoportuna, y bien lo sabes tú, que eres buen catador de vientos y matices de cielos en víspera de que la tranquilidad de la marisma se descomponga. La sapina despide, cuando se la pisa, un olor recio y casi amargo si se te posa en el labio. En el fondo, como un caserío en mitad de un campo sin límites, pero de agua y verdes mates, aquella maciza soledad anfitriona de esa sapina y de los rectángulos monótonos con todos los tramos de agua amaestrados, encasillados en las aulas seguras de los esteros. A lo lejos, la figura diminuta, casi borrosa de un pescador con un remo al hombro y un palangre colgado del brazo; hace como un zigzaguo en torno a un estero y otro, parece que por unos instantes lo has perdido de vista y, de pronto, se te encara como un espantapájaros con pertrechos de pesca que huyera rompiendo la capa del adarce que cría la sal seca encima del agua; se oye una pequeña tos, el susurro de los pies doblegando la reciedumbre del herbajo gordo característico de estos desabridos contornos. Es uno de los compañeros de siempre: Paquillo, el Nía, el Sapo, el Metralla...

—Dame un cigarro, anda.

Se cruza un comentario de cómo está el aguaje o de si el levante te va a echar a perder la faena. Continúas adelante. Te adentras por la Vaera, tocas ya una masa oscura de fango,

algunos maderos a modo de puentecillo sobre las piedras centenarias que han pisado tantas generaciones menesterosas y agradecidas a las biñocas, a las gusanas, a los cangrejos, a los camarones y a otras presas que te dejan, pasados los años jóvenes, reuma y dolores en todos tus huesos, sin una pensión a cambio que te consuele una vejez arrinconada en el rincón de un bar de barrio, de los que llaman güichis, como en espera del despesque de la muerte, Pepe, sin que de nada te sirva consolarte ya con aquello de que te traías el mar en dos canastos y se los regalabas a los vendedores al por menor.

Desde aquí se ve, el pueblo; o mejor, las espaldas de un pueblo que come cangrejos, ostiones, bocas y especies similares cuando tú necesitas unos euros para airear tu vida al paio de un rato que te hace olvidar muchas cosas desagradables, cuando te sientes novio de la bajamar. ¿Han venido ellos, los satisfechos compradores, por estos andurriales alguna vez, donde tú te sientes señor de los esteros, señor con todos los anillos de reflejos en tus dedos, atestiguados por un sol que, como a caballero medieval, te da un espaldarazo con su espada de calor y brillantez en tu espalda, ay, acechada ya por la artrosis? ¿Saben lo que es coger un canasto de madrugada y salir hacia el camino de los bajos resbaladizos de un puente o de una compuerta con los ojos todavía casi pegados y contraídos

como si tuvieran legañas, los dedos engarrotados por el cierzo como alicates enmohecidos y tener que arrancar los ostiones a las piedras con el cincel y el martillo?

Mira desde aquí, Pepe, la silueta del pueblo, que ahora, en la imaginación, ves grande y lleno de gente, como si fuera al mediodía de un domingo de aquellos de los años setenta, cuando la calle Real de tu ciudad pequeña, desde el ayuntamiento hasta la Plaza de la Iglesia, era un trasiego pululante de los que tapeaban estimulados por los pregones marisqueros de tus colegas vestidos de blanco impoluto hasta la gorra; pero, en estos momentos, la mirada se te empobrece y oyes sólo el ahogado resuello de la garganta de las compuertas, ves en la penumbra de la amanecida las parcelas de fango en donde has de hacer los hoyos con esa mano derecha que manejas increíblemente, como la destreza de una paleta en la mano de un pintor; ten cuidado de no resbalar, no sea que te quiebres un compañero y tengan que llevarte rápidamente a Urgencias... Sí, Pepe, mientras ellos duermen o juegan con sus mujeres, tú, en el amplio bostezo de la marea baja, ves cómo se mueven los crustáceos tal si fueran locos dormidos, locos con los ojos brillantes como si les viniera encima un cielo apedreado de estrellas del amanecer; ay, pero el marisco también tiene corazón, tiene familia, y tú llegas y la rompes llevándote a las

madres de toda clase de alevines para nutrir a la gente bien de la ciudad que ves desde aquí emborronada, como si estuviera desperezándose y preparando los utensilios de la cocina para sazonar lo que tú les llevas oliendo a fango, un denso olor que neutraliza al de la colilla y al vino barato que te tomas en uno de los güichis de tu entorno, entre jugada a los naipes y el bajo cantíneo de flamenco de barrio. Pero tú soslayas este expolio con un encogimiento de hombros: qué vas a hacer; no tienes más remedio que ganarte la vida, y esa sonrisita de inocencia es como epitafio que le pones a la marisma, pensando que la tarde será tuya en la celebración de un día más de supervivencia en este naufragio del ir tirando entre el fango de la bajamar y la mesa del bar con vaharadas de olor a aceituna zapatera; y, al final, la lenta melopea que es como nodriza que te acuna, que te adormece los recuerdos que todavía te acompañan y te martirizan esa piel delicada que es la memoria: los disgustos tormentosos que daba tu padre cuando lo zarandeaba la más amarga de las mareas: la del vino o la de la miseria remendada cada día en tu casa con la paciencia de tu santa madre, que también tiene que soportar ahora los vaivenes de tus borracheras, que tú te justificas lamentándote de que te metes en fango todos los días, con lluvia, frío o levante y ¿qué te paga luego Andrés, el del diente de oro, el del cocedero, que es el que en verdad se lleva los euros más relucientes? Cuando la gente ve en el escaparate los mariscos ya expuestos como una feria de

deliciosos bichos exóticos, nadie piensa en ti, Pepe, el que, día a día, va siendo más doblegado por los reúmas y los estornudos que se enroscan en la garganta hasta dar en huéspedes de toses duras, mientras Andrés, el del diente de oro, vestido como un *maitre* y sonrisas por doquier, es el que recibe todas las felicitaciones de los clientes que salen satisfechos después de la cena fría; sí, él es el buzón adonde van a parar todos los parabienes cuando los clientes vuelven a comprar con los paladares agradecidos, y nadie ve al escuchimizado solterón que baraja naipes en vez de billetes de los grandes como lo hace Andrés y celebra con cuatro amigos del barrio sus cotidianos y rutinarios ocios, en vez de sentirse rodeado de mujer e hijos en la animada sobremesa, como se ve, gracias a las generosas ganancias de los mariscos fascinantes por obra y gracia del prestigioso cocedero, el orondo y pulcro Andrés con sus anillos de oro en las manos, que dirige con gozo de director de orquesta a sus hijos en el éxito bullanguero del afable mostrador acristalado y expositor ufano de los crustáceos, como un desafío a la fantasía.

Ay, Pepe, ay, Pepe, siempre enarbolando tu orgullo de no querer trabajar nada más que para vivir al día y no depender de una voz mandona que te grite ni te pida cuentas; ni tampoco te has querido ver como algunos de tus hermanos, cargados de hijos mal alimentados y callejeros, fácil carne de cañón para el alcohol y la droga. Pero la jactancia de la independencia se paga caro y la bandera de la libertad no se tremola fácilmente

en los aires de la realidad diaria y tú has de pasar mucha fatiga, muchas fatiguitas, como dices coloquialmente, para echarte al fango a ganar esos euros que te den para vivir al día.

Sin embargo, nadie, Pepe, puede emborronarte la alegría de cuando llevas los canastos al güichi rebosantes de conquistas a las compuertas, a los caños, a los esteros, a los puentes en la delicias del reflujó de la marea, colilla en el rictus despectivo de la boca y la imaginación recreándose en compartir tus ganancias, después de entregarle a tu madre lo convenido, con los amigos afines en tu cuartel de invierno, amenizado con los envites del mus y el vinito confortador, que para eso lo toman los curas también, como tú dices, y, de vez en cuando, visitar a tu amiga la Almejita; y con el impulso de esas soterradas emociones, esos canastos relucen con toda la variada mercancía que te da la mar de las marismas, dócil a tus manos magistrales; y qué alegría, Pepe, qué poderoso regocijo dan los dos canastos como dos soles a la cintura cuando lo que te anima por lo bajinis es la recompensa futura de tus esfuerzos, y todos te rodean felicitándote con palmadas en la espalda y elogios a tu destreza, el más viejo oficio del hombre que ha vivido en las Callejuelas de los pescadores, esposo eterno de las asas de tus canastos, sonriente como si te aclamaran por tus triunfos sobre los fríos, los soles y los levantes, orgulloso si miras en el instante de la celebración cómo despiden sus estrías de plata

los lenguados, los chocos y las anguilas, cogidos en las compuertas; y en el otro, las cañaíllas, las bocas, los camarones, los erizos, los ostiones, los centollos, capturados astutamente a favor de las bajamares entre las rocas, ajeno tú, Pepe, a los amaneceres que enseñan su dentadura plateada por el cielo de levante y los atardeceres que se queman silenciosos como bonzos en el mar de poniente. Pero, ¿qué te importa la belleza a ti, que encuentras las compensaciones barajando los naipes en el güichi, entre chistes y anécdotas condimentadas con las risas gruesas de los amigos y la tuya, vencedora del día, apoteosis de la fuga clandestina de los días por el salidero insensible de la costumbre? Y las mujeres, Pepe, ¿qué significan para ti las mujeres?, te pregunta tu conciencia muchas veces. Y tú le respondes que lo mismo que para tus amigos tahúres de tertulia... ¿Qué van a significar, qué van a significar? Pues, eso: ir a ver a la Almejita cuando te suba la otra marea, la de la pasión por la hembra, y se acabó. No vas a hacer como algunos de tus hermanos, que se han sobrecargado de hijos para tenerlos como adanes por la calle, ¿verdad? Tu consuelo es el brillo que despiden los canastos cuando tu esfuerzo los atesta de criaturas marinas y, después de arrancar expresiones de asombro en el bar de costumbre, se los llevas a Andrés, como el que lleva un trofeo ganado en el campo de batalla del fango y la sapina, del palangre y la compuerta. ¿Y qué dice Andrés, el del diente y los anillos áureos, cuando tú se los brindas ufano para que él luzca

tus trofeos en sus expositores? Pues, nada; sonrisita y, a veces, meneos de cabeza con reparos porque las bocas le parecen más chicas que las de la vez anterior.

Pero tú, guarécete donde siempre, porque eres uno de los tíos más felices de este pueblo y sabes ganarte la gloria del buen mariscador, aunque las palmadas en la espalda, las felicitaciones y los gritos estupefactos te vengan de cuatro asiduos a la media botella, amamantados a la ubre más cariñosa, y que es la del vino, la mujer que mejor sabe adormecer y poner en olvido las penas fijas del día, ya que eres el amo del barrio, “Pepe el mariscaor”, el héroe del güichi porque antes eres el héroe de la menguante, el que se merece por unos momentos que la gente deje de lado el partido de fútbol en el televisor para mirar, para admirar, mejor dicho, esos triunfos suculentos que les has arrebatado con arte a los lodos pantanosos de los caños y al vientre verdinegro de la resbaladiza compuerta; sí, Pepe, enorgullécete aunque esta mañana no quede escrita en ningún sitio, aunque sea la historia de un simple mariscador de los muchos que han dado las Callejuelas; aunque sea, al final de cuentas, la historia de nadie.

## YUNQUE DE SINSABORES

Carmen Mariana hace lo de todos los días: barre el patio, de cuyas paredes cuelgan rientes y populares las macetas de geranios y claveles. En el centro del patio hay un aljibe (qué poquísimos quedan ya en las Callejuelas, Carmen), y en torno del aljibe se yerguen frescos y gallardos cuatro macetones de aspidistras; hacia las cuatro de la tarde el sol y la sombra se distribuyen a partes iguales el cuadrado del patio; en la cruz del herraje del aljibe un pío perdido y foráneo despierta la competencia del jilguero que tiene Carmen Mariana, regalo de su yerno, en un rincón del patio, a dos pasos de una tinaja, encima de cuya tapadera ella en el atardecer limpia con primor la jaula, y se acompaña con el radiocásé desde donde le llega un poco de animación con el quejío de la copla y el cante flamenco en sus espirales de modulaciones, y Marifé y la Paquera, y Valderrama y Farina vienen a darle ese soplito de alegría que ella necesita sentir en su cara, ya ajada por el cansancio de los sesenta y tantos años que arrastra con entereza y sonrisa, a pesar de todo. Y la estridencia jocosa de los carnavales y el sentimiento herido de la saeta se suceden como manos invisibles que les ayudaran a las suyas a dulcificar la mueca rutinaria de sus quehaceres, como los de las dos vecinas que conviven con

ella en el mismo patio. Carmen Mariana aprovecha las latas de conserva ya vacías de la Fábrica de Paquiqui y siembra en ellas albahaca y yerbabuena, y cuando se le llena el patio de esos olorosos trastos, los regala a alguna vecina o a su nuera.

Hace dos semanas llevó en el coche de su hijo Pepe dos macetones de aspidistra a la iglesia del Carmen, y el hermano Rafael, pródigo en sonrisas y agradecimientos, las puso en el primer escalón que da al altar mayor, conforme se sube por la parte del atril.

—Para la Patrona, hermano Rafael.

—Qué hermosura. Deben de tener más de un metro — exclama el lego con asombro.

Carmen Mariana es devota de la Virgen del Carmen, devota de toda la vida; cada vez que la Virgen sale en Rosario de la aurora o en procesión, como en el Corpus, como en el día de la Virgen del Pilar, ella le acompaña en la fila como una feligresa más del barrio. Desde que murió su marido, después de una larga enfermedad llevada con ejemplar resignación en la casa, viene más a menudo a misa, pero no por una costumbre tranquilizadora y como de alivio de la fatiga diaria, sino como un anhelo de conformidad con la voluntad de Dios, que es prepararnos día a día para que la muerte no nos sea tan cruel,